

 Seix Barral

Margarita Leoz

Punta Albatros





Seix Barral Biblioteca Breve

Margarita Leoz
Punta Albatros

© Margarita Leoz, 2022

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-322-4069-0

Depósito legal: B. 7.253-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Todos estos cuadernos, los que el doctor Coarasa ha acumulado, sorprenden por la claridad y el orden, por el conocimiento que poseía sobre sus pacientes.

Voy a seguir escribiendo en la fecha en la que él se marchó.

Todo está tal y como lo dejó. La camilla. El fonendoscopio. El oftalmoscopio y otoscopio de pared. Tres espejos laríngeos de distintos tamaños. Tijeras y pinzas. Esparadrapos, gasas y apósitos. Espéculos desechables para otoscopias, espéculos vaginales. Una caja sin empezar de guantes estériles. Hojas de bisturí, lancetas, jeringas. Tensiómetro. Unos diez depresores linguales en la caja.

Todo en su sitio.

No es la consulta de un hombre que huye, que desea desaparecer.

Aquí nada me la recuerda y, sin embargo, pienso a menudo en Olga. La primera vez hicimos el amor en el cuarto de la limpieza por completo vestidos. Con su informe de Urgencias aún en su bolso firmado por mí. Olga sentada encima de una de las estanterías, las bragas en los tobillos, las bayetas cayéndonos sobre la cabeza. Si lo pienso fríamente, era todo muy incómodo, pero no lo pensaba fríamente, ni de ninguna otra manera.

Me viene a la memoria el ático de Olga, un decimonoveno con vistas panorámicas en el centro de la ciudad, al que se accedía mediante un ascensor acristalado. Su baño, la planta de bambú clavada en rocas volcánicas, su cepillo de dientes junto a dos tubos de pasta. La bañera triangular donde reposaban todos aquellos jabones distintos que jamás supe para qué servían. La esponja con silueta de estrella. Una plancha de pelo a modo de fauces abiertas, el cable muy mal enrollado. La toalla que yo había usado tras la ducha nunca permanecía.

Por la ventana veo el viejo automóvil que dejó Coarasa: un Volvo 740 familiar de un gris desvaído, comido por el salitre, con un enorme maletero sucio. Ese modelo no lo fabricaron más allá del año noventa. Lo sé porque mi padre tuvo uno similar en color rojo, y cuando lo compró a finales de los ochenta nos parecía el grado máximo de la elegancia. Mi madre lo detestaba, ese maletero

rectangular y cavernario la hacía pensar en un coche fúnebre y tenía parte de razón, pero a mí no me importaba, las posibilidades de juego en el lugar del ataúd eran enormes. Recuerdo que mis padres me dejaban viajar allí en los trayectos largos: yo montaba mi tienda de campaña entre las maletas y la nevera portátil, me ponía bocarriba y tocaba el techo con los pies descalzos, me contaba los dedos esperando siempre que las cuentas no cuadrasen, entonaba mis cánticos de indio apache y mis padres nunca me censuraban.

El capó está levantado. La cabeza de Celso emerge, se restriega los dedos negros de grasa en un trapo que pende de su cinturón. Ocupa el asiento del conductor. Al girar la llave de contacto, el coche arranca con la potencia con la que se des-perezaría un paquidermo, renqueando al principio, enfadado.

Celso me descubre observándolo por la ventana. Bajo la vista, pero él sale del coche, me saluda, levanta el pulgar y lo proyecta varias veces hacia el cielo. Es un milagro que funcione. No me gusta conducir por estas carreteras tan sinuosas, prefiero caminar o desplazarme en la bicicleta que encontré apoyada en la verja, pero me será útil si hay alguna urgencia o en las visitas a domicilio.

Descubrí una de las aventuras de mi padre por un papelito rosa en su cartera. Yo era un niño, pero

sabía que los hombres no guardan papeles rosas si no son de una mujer. Lo que fuera que hubiese allí escrito no salía del puño de mi madre.

Fui a enseñárselo no sin cierta malicia. Ella me reprendió, me obligó a meterlo en su sitio.

Respecto a sus aventuras con otras mujeres, mi padre había respondido a mi madre: «No es nada personal».

Nunca hubo papelitos rosas en mis bolsillos. Ni llamadas telefónicas interceptadas que colgaban justo cuando Teresa respondía. No volvía oliendo al perfume de Olga, ni mis camisas se tiñeron de su carmín. Era meticuloso. Guardaba precauciones.

Todo sucedió un viernes. A Teresa le aseguré que me marchaba de congreso. Iba a durar un fin de semana, no recuerdo en qué ciudad. Las iba rotando. Volví esa misma medianoche con el pelo revuelto. Ella veía la televisión con la bandeja de la cena sin recoger: los restos de la lasaña, el olor rancio a queso requemado. Solté la maleta en el vestíbulo, el paraguas quedó mojando el suelo. Me encendí un puro de mi padre. La vitola con números dorados me recordó la fecha de la extirpación de su pulmón. Teresa me observó atónita: ¿qué película estaban emitiendo?, ¿había cambiado de canal por error y era yo el mal actor protagonista? Empecé a llorar. Las lágrimas se volvieron picantes por el humo. Hipaba como mi cuerpo, mi diafragma, no lo había hecho antes. Estuve fumando y

llorando en el balcón durante una hora. Teresa se enrolló una manta al cuerpo y se colocó a mi lado. Fue así como se enteró. No me preguntó nada, se lo conté todo.

Después me acosté en el sofá y me dormí. Me desperté con las piernas entumecidas. Los cordones me apretaban los empeines. Me los desaté como pude. Una servilleta negra se había quedado pegada a la suela del zapato. Era del bar donde Olga y yo habíamos tomado el último whisky, pero en aquella ocasión los vasos permanecieron casi intactos en la mesa. La había visto salir segura y altiva, avanzando salvaje como una vikinga, con el abrigo en el brazo a pesar del frío.

Aquello no era para Olga, supongo, nada personal.

Al principio de la loma la cadena de la bicicleta se me atasca. No hay manera de continuar. La tengo que empujar cuesta arriba unos cien metros, hasta el hostel.

Celso se agacha, acerca mucho los ojos a los platos. Le pregunto por mi predecesor mientras libera la cadena.

Al viejo doctor Coarasa se le veía siempre con un gorro de pelo atigrado, por completo desacorde con el viento y la lluvia, caminando entre arbustos, prefiriendo la maleza a los caminos. Como consecuencia de las lluvias constantes de

octubre a junio, ponía el gorro a secar encima del radiador y la consulta se impregnaba de un tufo a animal sudado. Algunos pacientes, en especial las mujeres mayores, lo tomaban por un gato gordo. En la comarca se le apodaba el Ruso, porque ese gorro se asemejaba al de los cosacos. No se fiaban de alguien que no se sometía al clima del cabo.

En el barco que cada semana lo trasladaba a la isla de Goz, se asomaba peligrosamente a las olas, aspiraba la brisa, el océano lo fascinaba. No estaba acostumbrado al vaivén, se caía a menudo en cubierta. Tenía unas falanges finas, demasiado pequeñas, como las de un niño desmañado, poco diestro. Si alguien le hubiese estrechado la mano con firmeza —no un enfermo, ni un viejo, sino un hombre robusto—, se habría oído un crujir de huesecillos blandos, quizá solo el deslizar resbaladizo de los cartílagos. No era considerado un mal médico, daba conversación a los ancianos, conocía sus nombres de pila, escuchaba sus monólogos sobre la mutación de los vientos. Tomaba notas en cuadernos de tapas negras.

El Ruso desapareció.

No se supo hasta transcurridos los días, cuando debía cumplir con la visita semanal a la isla de Goz. Lo buscaron en la torre, en el fondeadero, en la playa de Nadie, en el hostel, por todas partes. La comarca organizó una batida por las veredas de los acantilados, por las playas. Sin éxito.

Celso me lleva de vuelta al faro. La bicicleta ocupa la trasera de su furgoneta. Me alegro de no tener que pedalear.

La espera es la única experiencia que tenemos del tiempo. Esto escribe Coarasa en su cuaderno.

Espero pacientes que no llegan, pacientes que tal vez no existan.

Me apeé del tren en Lindes a esa hora en que la tarde de forma súbita se adentra en la noche y todo se oscurece. Una humedad fría se colaba entre la ropa. El tren continuó su camino, las luces de los compartimentos escaparon de la estación, se alejaron, se internaron en la negrura.

Había un plano de la región en relieve. Tracé con el dedo el recorrido que aún me faltaba para arribar a Punta Albatros. Una polilla atrapada en el cristal revoloteaba sin esperanza, sin destino. El cabo se encontraba al noreste. Imaginé que se lo mostraba a Teresa, que se lo decía a alguien, pero no había nadie a mi lado.

Me dolía la cabeza. En el vagón me había dedicado a contemplar el paisaje, el desfilar de los árboles a ambos costados de la vía, eucaliptos por miles con una rectitud tan industrial, tan paralelos, tan altos, que recordaban a los barrotes de una enorme jaula.

Un empleado me informó de que la estación estaba a punto de cerrar.

—El primer tren de vuelta pasará a las siete de la mañana —dijo.

Lo oí toser, una tos seca, ronca, crónica, hasta perderlo de vista.

La gran bola cenital que alumbraba la estación se apagó y solo quedaron las luces de emergencia, pequeñas luciérnagas verdes sobre el dintel de la puerta.

Al salir respiré el aire fresco del final de la lluvia. El suelo estaba húmedo, había charcos dispersos.

Un coche sin ningún distintivo se detuvo ante mí. Ayudé al chófer con la maleta y me instalé detrás. La niebla creaba reflejos espectrales en el paisaje, borraba los contornos de las casas, me hizo dormir. Conversé un poco con el conductor, le inquirí por la meteorología, por la ruta de los faros, inquietudes banales de turista despistado.

La radio estaba encendida. Escuché un boletín de noticias locales superpuesto a la conversación, pero estaba tan cansado que no lo recuerdo bien. Solo tenía ganas de dejarme caer en una cama, de llegar al hostal.

A las afueras de Lindes la carretera se estrechó. No nos cruzamos con ningún vehículo en todo el camino. Saqué el móvil, no reaccionaba. Lo apagué y lo volví a encender.

—Allá donde va ese cacharro no le servirá de-

masiado, ¿sabe? No hay mucha cobertura en el cabo. Es como meterse en un garaje.

Me lo guardé en el bolsillo, contrariado.

Tampoco esperaba ninguna llamada.

Un ambientador de pino, seco, carente de todo olor, oscilaba en las curvas cada vez más pronunciadas. Los árboles se habían dispersado. Los faros del taxi se alargaban sobre las laderas en pendiente, sobre el pasto que, grisáceo por la bruma, se intuía verde, duro, áspero. La carretera moría poco después. El camino de acceso al hostel carecía de salida.

Cuando descendí, cuando los neumáticos dieron marcha atrás sobre la gravilla del camino y el taxi desapareció, el silencio se plagó de un murmullo constante y cercano que tardé en identificar: el oleaje que no veía y que, sin embargo, era la presencia a mis espaldas de una sombra.

Una luz se encendió en el interior del hostel. Alguien me aguardaba dentro.

Un despacho hacía las veces de recepción. El dueño encendió una lámpara de mesa, extrajo un archivador del escritorio y me tendió un formulario.

Las hojas estaban dobladas por la humedad.

—Una vez vino una inspección —dijo el dueño—. Me pidieron el registro de los huéspedes. No tenía nada y tuve que pagar una multa.

Lo decía excusándose.

Firmé dos copias con mi firma rápida, mi ga-

rabato de médico que no significa nada, tan impersonal como higiénico. El dueño me entregó un llavero de latón: un pájaro, un ave enorme con las alas desplegadas en pleno vuelo, un albatros. Me lo intenté meter en el bolsillo, pero no cabía. Lo seguí escaleras arriba, la habitación se encontraba en el primer piso. El dueño se empeñó en subir mi maleta y fue golpeándola en cada escalón. Cojeaba de la pierna izquierda. Me molestó verle chocar las ruedas de mi maleta nueva contra la madera.

El dueño se llamaba Celso. Si alguna vez a lo largo de nuestras conversaciones mencionó su apellido, no lo recuerdo.

Es el primer miércoles que voy a la isla de Goz. No he creído lo que ha dejado escrito Coarasa hasta contemplarlo con mis propios ojos. Muy próximo a la playa de las Damas, donde me deja la embarcación, se encuentra el asilo. El nombre oficial, por supuesto, no es ese, sino Casa de Reposo Isla de Goz. Resulta paradójico, porque nadie necesita reposar en aquel lugar. Todos tienen aspecto de llevar mucho tiempo esperando algo. Esperando hasta el infinito a que su reposo concluya.

Quince ancianos. Los quince existen sin variación en los cuadernos de Coarasa. He repasado nombres e historias clínicas; concuerdan. Hace ya cuatro años que Coarasa se marchó. ¿Es que allí no se muere nadie?

Me ha recibido la directora, una mujer de metro cincuenta, melena caoba y modales de madre superiora. Su despacho olía a una fragancia aceitosa y dulzona. No se ha mostrado nerviosa por mi visita. Me ha preguntado si me he instalado solo, como Coarasa. Cuando he asentido, ha sonreído y, nada más sonreír, le ha dado el hipo, un hipo que le dificultaba el habla, le cortaba las palabras, que ha intentado disimular sin éxito toqueteando un pisa-papeles en forma de escarabajo egipcio.

—¿Le ocurre a menudo lo del hipo?

—No, no. No es nada.

Dos cuidadoras me han enseñado la residencia. La primera de ellas, muy joven, se ha escabullido por un cruce de pasillos en cuanto ha tenido ocasión. La otra es Irina. Tiene el cabello rubio casi albino. Me ha estrechado una mano grande de lanzadora de disco con la que voltear cuerpos que no se resisten pero tampoco colaboran. Durante toda la visita Irina me ha ido guiando, me ha presentado a los residentes conforme nos topábamos con ellos. He anotado sus nombres, sus dolencias, pero respecto a las edades me remite a los ficheros que la directora guarda bajo llave. Irina me ha parecido la dueña de todo, la única capaz de solventar mis dudas.

En la primera planta hay una extensión de la residencia, una terraza descubierta con mecedoras. Incluso en los días de climatología adversa los ancianos que aún caminan salen afuera, se mecen con

una manta en las rodillas y supervisan las olas hasta quedarse dormidos. La terraza, lisa y amplia, me recuerda a la pista de despegue de un aeropuerto.

Irina me informa de que más de la mitad de los residentes sufren distintos tipos de demencia senil —«se les ha ido la cabeza», son sus palabras— y que los más «tocados» ocupan las habitaciones del primer piso, las más próximas a la terraza. No pregunto por qué. Un paso menos hacia el cielo.

No me he acercado demasiado, los he examinado a distancia. Me veían deambular entre ellos. Algunos no tenían mirada, solo tenían ojos. No he despertado ninguna curiosidad, ninguna pregunta. He hecho una cura —un pulgar que supura, ¿desde hace cuántos días?—. He tomado la tensión al azar —catorce nueve, dentro de los parámetros normales— a una anciana muy maquillada y locuaz, algo inhabitual entre las personas que estoy conociendo en este lugar. He revisado sus tablas de medicación y la lista de las enfermedades más comunes (diabetes, hipertensión, artritis, párkinson, demencia, insuficiencias), aunque la mayoría posee una colección de ellas.

En el barco que me aleja de la isla me acuerdo de repente: he olvidado pasar por el despacho de la directora, consultar los dosieres, anotar sus edades, pero todos ellos son octogenarios, nonagenarios, rozan el siglo —o el fin de siglo—. Están aburridos, son viejos, no parecen demasiado enfermos.

En el hostel dormí bocabajo.

Al amanecer la niebla se había dispersado. Un sol rotundo golpeaba el balcón. Los contornos eran ahora firmes, seguros. En el cielo se perseguían las nubes, espesas cabelleras canas, unas tras otras. A mano izquierda se extendían ondulaciones de hierba, colinas, bosquecillos aislados, hileras de setos que parcelaban terrenos. A Teresa le habría parecido bello. Quise compartirlo con ella.

A pocos kilómetros de la costa avisté una isla rocosa pero habitada que cortaba el horizonte rectilíneo. Bandadas de vencejos revoloteaban en lo alto. Desplegué el folleto sobre la mesilla y leí: «Isla de Goz, perteneciente a la comarca de Punta Albatros, situada a tres millas náuticas del continente, de dos kilómetros de ancho y cinco de largo en su extensión máxima, con una altitud media de cuarenta metros, que desciende al nivel del mar en su extremo sureste, en la conocida como playa de las Damas».

En la otra cara del folleto se describían las actividades turísticas de la zona (avistamiento de aves, surf, paseos en barca, deportes aéreos —parapente—) y el equipamiento del hostel (restaurante, calefacción, vistas panorámicas, piano bar, piscina de temporada). Me pregunté por la ubicación de la misteriosa piscina, que no divisaba desde mi balcón. Me pregunté si los habitantes de

la isla enfermarían y en qué barco iría a pasar consulta.

De mi maleta abierta sobre la moqueta brotaban sin orden los zapatos, la ropa, una revista, el desodorante. Me había costado dormir: primero asediado por una quietud inhabitual y, cuando el día se intuía ya, por la luz entre las cortinas.

Los ancianos son para mí una especie ajena.

No conocí a mis abuelos, ya estaban muertos cuando nació. Había fotos de ellos en casa, fotos de estudio, de sus bodas, de sus bodas de plata. Tenían cincuenta, cincuenta y cinco, sesenta años cuando murieron. No se llegaron a preocupar por la alopecia, conservaban todo el cabello brillante peinado hacia atrás. Gafas rectas, pisacorbatas, un falso cuello de visón, pendientes de perlas. Una dentadura mala pero la suya. Una piel tersa.

Mis padres nunca llegaron a viejos. Mi madre murió de repente en la cola de la carnicería. Se desplomó. Cuando las asistencias aparecieron, todavía sostenía en la mano la lista de la compra: medio kilo de lomo, doscientos cincuenta gramos de chorizo, tres filetes para empanar. Su corazón albergaba una válvula mitral defectuosa, estenosada, algo que mi padre y yo desconocíamos.

Mientras escribo esto, me descubro una vena prominente en el dorso de la mano. No estaba ayer

ahí o no abultaba tanto. La empujo hacia dentro, pero no se esconde, vuelve a aparecer obstinada, emerge.

Lo primero que hago al regresar de Goz es suscribirme a la revista de la Asociación Nacional de Geriátría y Gerontología. No recuerdo nada de lo que me examiné en la carrera.

En todas las consultas médicas hay carteles. Contienen imágenes de niños sanos comiendo manzanas a mordiscos, vasos de tubo que provocan temblores a los alcohólicos, madres lactantes con pechos descubiertos y una sonrisa en los labios. Algunos de ellos transmiten mensajes: ¿QUIERES DEJAR DE FUMAR Y NO SABES CÓMO?, EVITAR LA OBESIDAD ESTÁ EN TU MANO o VACÚNESE YA FRENTE A LA GRIPE.

Una vez trabajé en un centro de salud en el que colgaron un cartel: EVITE VENIR EN VACACIONES. Los médicos titulares se iban a esquiar y era difícil contratar suplentes.

En la consulta de Coarasa no hay nada, salvo los relojes: los de pared, los de péndulo, los de sobremesa. Mi favorito está dentro de una escribanía: sobre un reloj en forma de escafandra se apoya un bolígrafo que aún escribe. Pero ninguno de los relojes funciona. Si los pusiese en marcha, si les diese cuerda o sustituyese la pila, nos dirían que el tiempo pasa y hace todas las huidas inútiles.

La furgoneta de Celso me transportó al faro.

Nos alejamos del hostel por una carretera oscilante horadada de baches. Después de recorrer unos kilómetros recubiertos de árboles, volvimos a acercarnos al océano y divisé de nuevo la isla de Goz. El camino se hizo más terroso, los eucaliptos se dispersaron y los arbustos de malvas se elevaron a ambos márgenes del camino. En el trayecto releí la carta de la Comarca con su escudo del barco y el ancla enorme, desproporcionada: «El consultorio y su vivienda se ubican en el antiguo faro terrestre en desuso». Y de repente se mostró ante mí: una casa de una sola planta adosada a una torre con una linterna en lo alto.

—Espero que le guste el color —dijo Celso, orgulloso—. Lo elegí yo.

La puerta y las dos ventanas con los postigos cerrados estaban pintadas de color azul.

Empujé la verja como un intruso. De uno de sus extremos colgaba un buzón metálico. Me acerqué y pude leer DOCTOR COARASA. Tiré, la tarjeta se desprendió con la facilidad de una escama. Me metí en el bolsillo la bola de papel.

Subí los tres escalones de la entrada sin ilusión. Era inevitable para mí ver todo aquello como un exilio, como un castigo.

El interior parecía detenido por la oscuridad. Celso me dejó solo en la entrada mientras abría fallebas, ventanas, puertas y postigos, y la luz iba encharcando las estancias. La sala de espera y la con-

sulta se encontraban a mano derecha, en el lado de la casa al que estaba anexado el faro. A la izquierda había una pequeña cocina, un dormitorio y un cuarto de baño. Los muebles eran escasos y antiguos, con un halo de herencia. Aquella residencia, tan minúscula que se recorría en dos zancadas, me resultaba por completo extraña, tan fría como el invierno que me esperaba, tan inhóspita como una prisión. Accedí a la consulta con los hombros abatidos y cerré la puerta a mis espaldas. Abrí cajones y luego nada. Me embargó un deseo muy fuerte de ser perdonado.

—Doctor, venga.

Celso se había apoyado en un mueble de madera cuya vitrina contenía muchos relojes antiguos, una colección de diferentes tamaños y estilos, todos parados, todos marcando una hora distinta. Las seis en punto, las dos y veinte, las once menos cuarto. La trastienda de una relojería.

—¿Y todos estos trastos? —pregunté.

—El doctor Coarasa los compraba o se los regalaban. Hay más en la consulta. Se fueron parando uno a uno.

Celso me llamaba por otra cuestión. Me tendió un mando a distancia y dio unas palmadas a un televisor pesado, de tubo, de los que ya no se estilan.

—No sé cómo andaré de pilas. Si necesita que las cambie, me avisa.

Las pilas funcionaban, pero solo se sintoniza-

ban dos canales con una señal muy débil. Las siluetas de los presentadores, los colores de los anuncios, se hundían en una niebla gris y a continuación, faltos de fuelle, se esfumaban. Los rayajos atravesaban la pantalla al compás de un zumbido metálico.

Me despierto temprano. La cama del dormitorio me recuerda a la de mis padres: demasiado pequeña para contener a dos personas, con un cabezal agujereado por la carcoma.

Me desnudo. Giro el grifo. Procuro no abrir mucho los ojos. El repiqueteo de la ducha, la loza helada. Las puertas de las habitaciones no cierran bien, la humedad hincha la madera y los resbalones no encajan del todo. Desayuno siempre lo mismo: el café con leche hirviendo cuya nata, pegada a la taza, me encuentro ya reseca en la pila del fregadero por la tarde.

Espero que me sobresalte la bocina de algún vehículo. Alguien transportando a un lugareño malherido, una quemadura, un corte, un dolor de muelas, un infarto. Nada de eso ocurre. A veces diviso a lo lejos por la carretera del cabo un camión pequeño, una bicicleta. Los imagino circular sin otro cometido que vigilarme, controlar mi presencia, comprobar que no he huido a la manera sigilosa de Coarasa. Tiendo la colada y me olvido de recogerla.

Por la tarde, en una carrera contra la luz decli-

nante, doy un paseo por los alrededores. El fantasma de Teresa se me aparece, intercambiamos frases cortas, frases prácticas («¿Llevas la llave?», «Cojo paraguas», «¿Has cerrado tú la verja?»), pero me doy cuenta de que estoy solo. No me acostumbro a vivir en un lugar en el que las puertas de las casas nunca se cierran por dentro y las llaves de los coches se guardan en la ranura del contacto.

Conforme me alejo, conforme la torre del faro inservible se empequeñece, noto la sangre correr de nuevo por mis piernas. El frescor del mar penetra en mis pulmones. Salgo del camino y me desvío. ¿Hacia la izquierda o hacia la derecha? No me cruzo con nadie, como mucho algún utilitario, una moto cuyo petardeo barre el viento. A veces la furgoneta de Celso me adelanta con dos pitadas cortas, y me tengo que orillar parado en el arcén hasta que me sobrepasa.

Las hierbas me rozan las rodillas. Los senderos se bifurcan, bajan a los acantilados y se cortan en el vacío. Cada vez más olorosos, más abiertos a las olas, menos practicables, conducen a la ruta del cabo. Las gaviotas me persiguen alocadas, sobrevuelan mi cabeza en círculos.

El viento es tan violento que me erosiona las mejillas. No puedo permanecer allí mucho rato, me veo obligado a dar la vuelta. Las corrientes solo toleran la vegetación más agreste, la que no osa crecer más de unos centímetros.

Hoy he visto un tejón atropellado. Apoyaba su

hocico sobre un charco de sangre seca color cereza. El viento ondulaba el pelo de su lomo, como si todavía estuviera vivo. En cuclillas lo he acariciado despacio. Su cuerpo aún humeaba.

Recuerdo a mi padre la mañana que salió del hospital, repartiendo puros por los pasillos, en las salas de espera, dentro del cuartito de control de las enfermeras.

—Gracias, pero no fumo.

—Pues es un día maravilloso para empezar.

Lo decía con su único pulmón y un hilo de voz, del brazo de Consuelo, que vestía un abrigo de mi madre. Le quedaba demasiado holgado, parecía un disfraz.

En casa se encendió uno de aquellos habanos. El salón se llenó de humo. Comenzó a toser tanto que tuvo que dejarlo. Consuelo se acercó a él, pensé que corría para calmarlo, pero aprovechó el ataque para coger a hurtadillas el puro del cenicero y echarlo al inodoro. Si en los comienzos de su relación había habido algo de secreto, de misterio, de suspense, se había reducido a eso: a arrojarle a escondidas el puro al retrete. Tiró de la cadena. El puro se deshacía, se deshilachaba, pero no se iba. Hicieron falta tres cisternas enteras con sus consiguientes recargas. Mi padre continuaba tosiendo.

Consuelo y mi padre se casaron trece meses después de la muerte de mi madre.